

En la escuela



La escuela estaba en el viejo caserón del convento: escuela de primera enseñanza. Abriase la puerta amarilla, con fuertes pinceladas rojas, en lo alto de la gran escalinata de piedra, tan suave, que era un regalo subirla. Obra de frailes, ya pueden ustedes figurarse... Había principiado ya la clase cuando

Elena entró conmigo, llevándome de la mano. Prodióse un silencio en los bancos, donde los chicos rumiaban sus lec-

ciones y su tabla de multiplicar en un ritmo cadencioso y monótono, canturreando. Y sonó entonces la voz de Elena, que decía al señor maestro, personaje de anteojos y cara afeitada, melenas blancas por bajo del pañuelo rojo, atado en nudo sobre la cabeza:

—Muy buenos días. Me envían á decir de casa que aquí está el encarguito.

¡Oh, oh! El encarguito era yo, que iba por vez primera á la escuela. ¡Allí estaba el encarguito!

—Está bien, hágame entrega... ¿Y en casa, cómo van?

Y á la vez que el anciano maestro me sentaba sobre sus rodillas, colgábame Elena en el brazo el cordón del saquillo colorado, con borlas, en que iban metidas no sé qué cosas. Mi padre era quien lo sabía... Y allí estaba yo sobre las rodillas del maestro, con la gorra en una mano y el saquillo rojo en la otra, muy comprometido. Elena, que sonreía forzosamente, inclinóse para darme un beso, y díjome adiós.

—Adiós, Pepito, luego vengo por tí. Lloriqué, quise salir con ella.

—No, ahora el niño se queda aquí,—díjome Elena.—Esto es la escuela, donde se aprende á leer.—Y agachándose delante de mí:

—Mira cuánto niño, ¿ves?

—Pero quédate tú también,—díjole yo entonces.

En los bancos hubo una risa general. El maestro tuvo que intervenir, iracundo.

—¡Silencio, pillastres! ¿No ven que hay personas extrañas! ¡Chitón, ó la emprendo á palmetazos!

Reparé entonces en toda aquella chiquillería. ¡Ah! ¡todos ellos eran conocidos míos! ¡Viva! Y estaban todos alegres, por las muestras. Me reanimé. De ese modo, ya podía quedarme; estaban allí mis amigotes, y hasta llegué á reirme de los gestos que me hacían algunos, particularmente Esteban.

—Es preciso tener mucha paciencia, señora Elena, gran dosis de paciencia. El maestro necesita ser un santo. (Pausa. Mirada severa á los bancos).—Pues está bien; diga allá que el encarguito queda aquí. En buen hora entre...

—Entró y estudiará. ¿No es eso, Pepito?

Desde los bancos, algunos me indicaban que no, abriendo mucho los ojos.

—Es verdad, —añadió por su parte el maestro,—el niño estudiará sus lecciones, ¿no es así?

—Dí, sí señor, —insinuóme entonces Elena. — Estudiaré mucho y seré callado en clase, dí.—Y á media voz, para el profesor: «esto en casa es el propio diablo ¿entiende usted?»

Él rió; ya lo sabía; los niños son todos así, mientras están con el mimo de sus madres; pero una vez metidos en la escuela, las cosas mudan un poco. Y, guiñando el ojo, designó la palmeta. Elena quedó sorprendida.

—Hace milagros, señora Elena. Digan lo que quieran, hace milagros.

Comprendí la cosa, y comencé de nuevo á *berrear*, con propósito de salir cuando saliese Elena. Ya sabía yo para qué servía aquello, la palmeta...

—Mas para nuestro Pepito, ¿no hará falta, no?

—Dí así: «no señor, porque yo cumpliré con mis obligaciones,» dí.

—¡Esa es la cosa! —interrumpió el

profesor. — ¿Sabe usted, señora Elena? Aquí ya tienen los niños su obligacioncita, sus deberes que cumplir, sus cosas...

—Sí, señor, sí; mientras que en casa...

—En casa, ya sabemos lo que sucede. Todo se vuelve mimos, niñito mío esto, niñito mío aquello. Así se crían á la buena de Dios, ¿sabe usted? ¡Eso es malo, pésimo! ¿Por qué los muchachos son todos porfiados?—Y golpeó sobre un «Monteverde» colocado sobre la mesa, diciendo: —Mire, aquí está, en este libro: *de pequeño...*

—... *es cuando se tuerce el pepino*, —concluyó rápidamente Elena, orgullosa de saber lo que decía el libro, ¡pobrecilla!

—Ni más ni menos. ¡Y se ríen de ello! Un pepino es cosa que se cría en la huerta...

Risotadas de los chicos.

—Vamos, ya ve usted, señora Elena. Repare en estos salvajitos. Y entonándose, con la palmeta en alto, frunciendo el ceño:

—¡Silencio, bribones! Silencio, porque si pido licencia á la señora Elena, empiezo por un extremo y recorro todos los

bancos á palmetazos, todos, pero lo que se dice todos!

Y los miró altivo, sereno, amenazador. Con aquella amenaza, los chicos quedaron mustios, cabizbajos, con los ojos fijos en los libros. Era cierto que podía el maestro pedir licencia á la señora Elena, y aun delante de ella *cascar* de lo lindo... Una sombra de terror pasó por toda la sala, y se aquietaron; hasta Esteban dejó de hacerme visajes.

—Ya lo ve usted,—dijo entonces victorioso, sonriendo, el bueno del profesor.— ¡Ya lo ve usted! Un maestro sin palmeta es un artista sin instrumentos, no sirve para nada. ¡*Santa Lucia* (1) milagrosa! Aquí donde la ve usted, ha hecho muchos doctores.

— ¿Esa? — preguntó ingenuamente Elena, dispuesta á venerar aquel pedazo de madera de boj, como si en realidad hubiese hecho muchos doctores.

—No, mujer; sino fué ésta, otras como ésta, ¡vaya una gracia! ¡Tanto da!

Por la respuesta, bien se ve que la pregunta de la pobre Elena fué indiscreta.

(1) La palmeta.

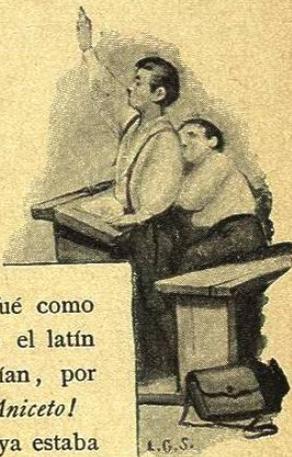
También él, viejo en el oficio, trató de averiguar muchas veces, con tristeza, por qué motivo su palmeta no hacía ni un un solo doctor... ¡Moriría sin tener esa «gloria,» á buen seguro! ¡Grave martirio, que Elena vino á recordarle!...

Hubo una interrupción; un chico que se levantó y con el brazo extendido pedía salir de la clase.

— ¡*Licete!*— fué como dijo, remedando el latín *licet*. Otros decían, por equivocación, ¡*Aniceto!*

— ¡Hombre! ya estaba yo admirado,—contestóle el maestro,—de que no pidieses tú ir afuera...—Y lo miró fijamente, meneando con pausa la cabeza.— ¡Vaya, anda allá! El chico salió apresurado, con gran ruido de pies.

— ¡Hola! exclamó enfadado el señor maestro.



El otro asomó á la puerta, contrariado.

—Para otra vez no armes tanto jaleo con esos pies, ¿oyes? No sé si comprendes... Pues ahora que tienes tú tanta prisa, yo no tengo ninguna: haz el favor de esperar un poco.

Empezó á recorrer con la vista los bancos, murmurando:

—Tú no... tú no... tú no... ¡Eh, tú, ven acá!

Levantáronse unos cuantos, prodújose confusión.

—¡Canalla! — gritóles entonces, golpeando con el pie.— ¡Atajo de atrevidos! ¡Sentarse todo el mundo!

Gran silencio en los bancos. Uno preguntó desde allí, humilde, si era él, señalándose el pecho.

—Sí, eres tú; ¿para qué quieres los ojos? Avance usted y cuádrese.

Lo miró de alto á abajo. Luego:

—Eso es. Pero esa mano en el bolso no está en el *reglamento*; afuera con ella. Ahora; eso es. ¿Ves allá aquel sujeto, es el de las prisas?

—Lo veo, sí, señor.

—Ya me figuro que lo ves; si no lo vieses sería porque estuvieras ciego: ¿qué tal está el majadero? Pues acompáñalo, ya sabes á dónde. Y cuidado con que tenga que ir yo á traerlos por las orejas.

Salieron. Mas apenas habían pasado la puerta, les gritó el señor profesor:

—¿Hola?

Asomaron de nuevo, aturridos.

—¿Y bien, cabezas de chorlito, torres de viento, que no falta nada?

Rascáronse ambos la cabeza, muy comprometidos. Faltaba, en efecto, alguna cosa...

—Vamos á ver.

Avanzaron hasta la mitad de la sala, tropezando el uno con el otro.

—Pase por esta vez, en atención á estar presente la señora Elena.— Y arrugando el entrecejo, mandó con aire marcial: — ¡Ordinario! ¡marchen!

Faltaba aquello. En memoria de sus antiguas costumbres de militar, daba el señor maestro aquellas voces, siempre que mandaba á algún alumno cumplir órdenes suyas:

— ¡Ordinario! ¡marchen!

Me sentó entonces sobre sus rodillas y preguntó:

—Vamos á ver, Pepito; ¿quieres tú ser militar, eh? Así como el señor capitán del destacamento, que está alojado en casa, ¿quieres?

—Corneta, más quiero ser corneta. Ó también como el señor cura, decir misas.

Riéronse. ¿Quién sabe lo que de allí saldría? Pero el señor maestro hizo notar que era bueno que los niños tuviesen ya alguna inclinación. Y comenzó á tirarme de la nariz, á darme palmaditas en las mejillas.

—¿Corneta ó cura, eh? Pues no hay más remedio que escoger. —Y dirigiéndose á Elena: —Pues sepa usted, señora Elena, que los he visto que respondían sin vacilar que no querían ser nada. ¡Mala señal, pésima, señora Elena! Cuando así lo dicen, de ordinario así lo hacen después. Nunca llegan á nada. —Y volviéndose á mí: —¿En qué quedamos, Pepito? ¿Corneta ó cura?

—Prefería ser cura. Siempre me parecía mejor, más bonito, especialmente los

días de fiesta, con aquella capa toda dorada...

—Muy bien, escogiste bien. «*Teja de iglesia...*»

—...*siempre gotea*, —concluyó Elena que todavía hoy está fuerte en adagios. El bueno del maestro había llegado por fin donde quería.

—Quedamos en que cura. Está muy bien, señor Reverendo. Pues mira, Pepito, para ser cura es preciso estudiar, saber leer en el misal, ¿no es eso?

—Sí.

—¡Ah!... No es así como se dice. Es, sí, señor,—corrigióme Elena.

El maestro hizo un gesto de indulgencia.

—¿Pero tú todavía no sabes, por supuesto?

—No, señor.

Él, entonces, fingiendo gran sorpresa, preguntó si lo que yo traía en el saquillo era un libro.

—¿Apuesto á que es un libro?...

—Dí,—insinuó Elena,—es mi libro para aprender á leer. Enséñalo al señor maestro, toma.

Hubo en la sala un murmullo, al ver la cubierta verde, muy satinada, de mi libro.

—¡Muy bien! ¡muy bien!—aplaudió el señor maestro.—Pero este es un libro á propósito para estudiar la carrera de cura... El niño dijo ya en su casa que quería ser cura, ¿no?

Hice que sí con la cabeza. Era verdad aquello; pero, ¿cómo lo sabía el maestro?

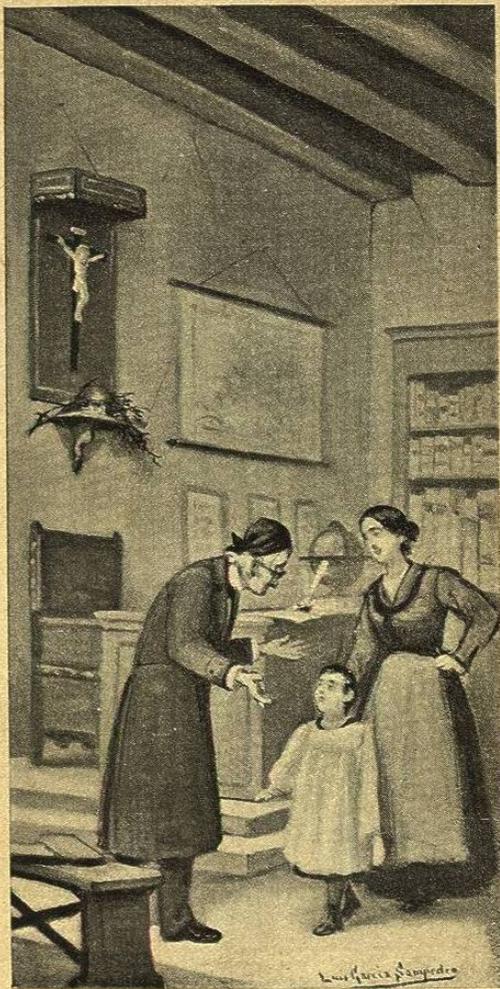
—Bien se ve por este libro. Es libro para cura. Quieres, pues, empezar, ¿eh?

—Quiero, sí, señor,—insinuó todavía Elena, y yo repetí.—Lo que yo quiero es decir misa, cuanto más pronto mejor, dí.

—¿Antes que aquellos?—preguntó volviéndome hacia los bancos.

Entonces fui yo mismo quien respondió: —«Sí, señor,»—contento con la perspectiva de verme diciendo misa y de decirla antes que todos aquellos. Hasta podía suceder que Esteban, el de los visajes, me ayudara en alguna...

—Está muy bien; quedamos convenidos.—Y con intención, recalcando mucho las palabras, para que se grabasen en mi espíritu:—Lo primero que se necesita para ser cura, es saber bien esto, ¿ves?—



Y púsome delante de los ojos el libro abierto por la primera página.—Esto ya es misa, llámase el *a b c* y es lo que los curas dicen cuando suben al altar.

—¿*Eto?*—pregunté curioso, poniendo el dedo sobre la página.

—Sí, esto. Y mañana has de traerme sabido ya desde aquí hasta ahí. ¿Eh? ¿Conformes?

—Dí que sí, niño, dilo. Conformes, sí, señor.

Eran las seis primeras letras. Todavía me acuerdo bien. ¡Mi primera lección!

¡A B C D E F!

¡Mi primera lección!

—¿Pues sabe usted lo que es esto, señora Elena, esto que acabo de hacer?

—Sí, señor, lo sé... es así... como quien dice... es...

—No lo sabe usted, no lo admira, —dijo complaciente el maestro.—Despertar el gusto, señora Elena, despertar el gusto, he aquí lo que es. Aunque no todos los maestros lo hacen, todos deberían hacerlo. El niño, de este modo, estudiará con más gusto, lo aseguro yo, ¡vaya si estudiará!

«Pero no quería entretenerla más; tendría en casa sus obligaciones, sus quehaceres, y ya debía ser tarde.»

—Cierto, señor maestro; pero no sé lo que me pasa, me cuesta separarme del niño... —dijo la buena de Elena casi llorando.

—Fué usted su ama, le dió de mamar, me hago cargo. Pero tenga paciencia. Aprender es tan necesario como mamar, —concluyó en una prosa que era realmente poesía.

—¡Necesario, sí lo es!

Y la pobre Elena me besó para marcharse. Cuando me besó, sentí en la cara las lágrimas de aquella buena amiga. Retirábase ya, dejándome todavía sobre las rodillas del anciano profesor, cuando éste llamó:

—¿Señora Elena?

—¡Señor! —respondió llevándose el delantal á los ojos.

—Espere usted un momento más.

Recorrió con la vista, minuciosamente, los bancos todos de la escuela. Luego, mandó:

—Tú, Francisco, córrete hacia arriba.

Y tú el del lado, como te llames, abajo un poco. — Y volviéndose hacia la pobre mujer llorosa: — Ese es, señora Elena, ese es el sitio del niño. Llévelo allá, que no le pesará.

Y de los brazos de mi profesor pasé á los brazos del ama. Nuevo beso, lágrimas más amargas, — y salió la buena Elena dejándome en mi sitio... — mi primer puesto en la arriesgada milicia de las letras...

Después, sólo ví lo siguiente: el maestro, sonriendo de cara á la puerta y hablando por señas con alguien que fuera estaba. A pesar de mis pocos años, comprendí lo que era. El maestro venía á decir con su mímica:

—¿Palmetazos?... ¿No?... Perdone la señora Elena, pero cuando sean necesarios... Bueno... eso sí... suaves... ¿Eh? ¿con la mano?... Bueno... Descuide... Serán con la mano.

Y ella debió de sonreír entre lágrimas, porque también entre lágrimas sonrió el buen viejo, diciendo adiós...

* * *

...¡Elena, mi buena amiga! Acabo de llegar al fin del viaje que emprendí aquel día. Ya no he de volver más á clase. Vengo hoy á restituirte, querida amiga, aquel beso — ¡dulcísimo beso! — que entonces me diste. Y al cabo, no fué cura, ¿ves?... Mucho mejor. ¡Si lo fuese, creo que parecería mal besarte, mi buena y santa amiga! Pues más vale que no sea cura, más vale... ¿No es verdad, Elena?

En Coimbra
el día de mi licenciatura.



Preludios de fiesta